

Manuel Rivas

# LA NIÑA LECTORA



Ilustrado por Susana Suniaga

Alianza editorial





Cada vez que alguien enciende un fósforo, yo veo a mi madre.

El estallido de la cabeza roja en el raspador de lija,  
la sorpresa de la llama, despierta y alumbra la vida escondida.

Ella, Leonor, trabajaba en la Fábrica de Cerillas. El fuego, bien usado,  
es un tesoro. A mí me parece que todas las cajas de fósforos,  
con ese esmero humilde, pasaron por sus manos. Son obra suya.

Me gusta que me digan:

—¡Esa es Nonó, la hija de la cerillera y del trapero!

Sí, el oficio de mi padre, Helenio, era el de recogedor de trapos.  
Le ayudaba mi hermano, Liberto. Recorrían las calles con un carro  
del que tiraba un burrito, llamado Sócrates, y delante de todos iba  
el pequeño Darwin, un perro que olfateaba y rebuscaba  
entre los montones de basura para encontrar harapos.

—Teníamos también un gato —bromeaba mi padre—, pero se lo comieron  
los ratones.

Mi trabajo era cuidar de mis dos hermanas pequeñas, las gemelas,  
Idea y Sol. Vivíamos en el arrabal de la Gaiteira, al lado del río Monelos,  
que va a desembocar a la bahía de A Coruña por detrás de la gran  
Fábrica de Tabacos.







Helenio decía que los trapos y los harapos son muy importantes porque con ellos se hace el papel, y con el papel, libros, periódicos y cuadernos escolares. Pero él y Liberto no traían solo ropa abandonada. En el carro de Sócrates siempre venía alguna sorpresa. Cosas de provecho para la casa, como sillas cojas, tenedores desdentados o quinqués de luz triste. Incluso teníamos un viejo espejo de la risa, curvado, en el que te veías a la vez flaca y gorda, altísima o chata.





Nos traían también muñecas. Juguetes rotos, abandonados. Niñas de porcelana, mancas, sin piernas o ciegas, que un día habían vivido en palacetes y casas ricas, vete a saber, y que nosotros acogíamos con alegría. Íbamos a lavarlas al río, las curábamos y las vestíamos con harapos de colores. Y las compartíamos. Para todas encontrábamos un nuevo hogar en el barrio.







Un día trajeron un muñeco diferente. Grande, de madera. Sostenía un violín y un arco. Al pobre le faltaba media cabeza y dejaba a la vista un mecanismo.

—¡Es un autómata! —dijo Liberto con entusiasmo—. Solo le falta la energía para tener vida.

Liberto era muy mañoso y armó un molinillo de viento que luego ajustó a la cabeza del autómata, a quien puso de nombre Paganini. Lo sujetó al pie de la higuera que crecía detrás de la casa. Por la noche, Paganini movía los brazos al compás del viento que venía del mar y llenaba de música la oscuridad.

El Argentino, un vecino que había vivido como emigrante en Buenos Aires, vino a escucharlo y no se marchaba:

—¡Toca relindo, che!